

JAN MALEWSKI\*

## 1968-2008. Una brecha fue abierta, a nosotros toca ampliarla\*\*

*El viejo mundo, configurado tras la Conferencia de Yalta, había permitido la existencia de regímenes autoritarios y de Estados fuertes y estables. Por ello el 68 amenazó la estabilidad de los regímenes autoritarios. Este año abrió un periodo de renovación de las resistencias anticapitalistas y antiburocráticas con la aparición de una nueva izquierda, crítica y radical en los países capitalistas. Hoy, 40 años después, el centro de las aspiraciones de los trabajadores —el rechazo al autoritarismo y las exigencias de democracia, la necesidad de igualdad y de condiciones que permitiesen la autorrealización, el rechazo al capitalismo y a sus guerras— mantiene su actualidad.*

Mayo del 68 en Francia. La rebelión estudiantil y la huelga general que siguió a los combates de la juventud en el Barrio Latino de París fue el punto culminante de las movilizaciones anticapitalistas, antimperialistas y antiburocráticas en el mundo entero después de la ofensiva del Têt contra la ocupación estadounidense en el sur de Vietnam, pasando por la revuelta estudiantil en Polonia y Yugoslavia, la Primavera de Praga en Checoslovaquia, las movilizaciones antiguerra y antiautoritarias en Alemania del Oeste, en Gran Bretaña y en Estados Unidos, el comienzo de las luchas feministas en América del Norte, en Alemania occidental y en Gran Bretaña, la rebelión estudiantil en México, las luchas de los jóvenes en Japón...

El viejo mundo, establecido tras la Conferencia de Yalta entre Churchill, Roosevelt y Stalin, ese mundo que había permitido la existencia o la consolidación de regímenes autoritarios y de Estados fuertes y estables, tanto al Este como al Oeste con la colaboración de los par-

\* Redactor de la revista francesa *Inprecor*, miembro del Buró Ejecutivo de la IV Internacional.

\*\* Publicado originalmente en francés en *Inprecor*, 2008; 538: mayo, «1968-2008. Une brèche s'est ouverte, à nous de l'élargir», fue traducido del francés por Jacqueline Laguardia Martínez.

tidos comunistas y socialdemócratas, y que había reprimido las aspiraciones a la autoemancipación que la Revolución Bolchevique había puesto sobre la escena durante cierto tiempo, se resquebrajaba por todas partes.

A pesar de ciertos frenazos en seco —el aplastamiento de la rebelión estudiantil en Yugoslavia, en Polonia y en México y la «normalización» de Checoslovaquia— el año 1968 amenazó la estabilidad de los regímenes autoritarios. Este año abrió un período de renovación de las resistencias anticapitalistas y antiburocráticas con la aparición de una nueva izquierda, crítica y radical en los países capitalistas, así como de una disidencia que va a alejarse del marxismo identificado masivamente con el lenguaje de la represión, en los países del «socialismo real».

## El proletariado está de regreso

En los años 60 una nueva generación, que no había conocido el agotamiento de la Segunda Guerra Mundial<sup>1</sup> ni la decepción de las «liberaciones» inacabadas, se incluía en la escena política y social. El rechazo a las guerras coloniales (Argelia, Vietnam) la radicalizó. No estaba dispuesta a aceptar autolimitaciones, ni los peligros de la derrota —aún posible— o del «fascismo» (temor siempre presente en las generaciones militantes más viejas), ni la esperanza que aún representaría la idealización del «socialismo real» que exigía la alineación. Moviéndose entre estos miedos y sueños, el estalinismo, apartado de las instituciones gubernamentales del mundo capitalista durante el transcurso de la Guerra Fría, había tenido éxito —en ciertos países más desarrollados— en mantener una poderosa identidad obrera en verdaderas contrasociedades con sus símbolos y su cultura —opuesta al capitalismo y sujeta al mito de la Unión Soviética, a la que alababan cortándole las garras—. Este rol era desempeñado por la socialdemocracia, capaz de redistribuir las migajas del largo período de crecimiento en el marco del compromiso «fordista».<sup>2</sup>

<sup>1</sup> «Il leur faudrait une bonne guerre» [Les haría falta una buena guerra], gustaban de repetir los conservadores —incluyendo a los partidos comunistas que aún se pretendían «revolucionarios»— ¡frente a las revueltas de los estudiantes!

<sup>2</sup> La aceptación de las condiciones de trabajo que reducían al mínimo los salarios a cambio de aumentos, pequeños pero regulares, y por tanto, en una situación de relativa estabilidad financiera, también del nivel de vida.

Para el movimiento obrero tradicional, el momento era el de la «cohabitación pacífica» y de «la transición pacífica al socialismo» que de seguro llegaría (y las experiencias «francesa», «italiana», serían «mejores» que la experiencia soviética, más «civilizadas» y menos «asiáticas»).

La Revolución Cubana, a la que el bloque imperialista no había podido obligar a someterse a las exigencias del Kremlin, había indicado otro camino. El asesinato del Che Guevara en 1967 en Bolivia, en lugar de significar la imposibilidad de la lucha contra el absoluto poder imperialista, fue percibido, al contrario, como un ejemplo a seguir. Se volvió un símbolo de la lucha consecuente por la justicia, la igualdad y la libertad, ejemplo de un verdadero compromiso revolucionario de aquel que, dirigente de una revolución victoriosa, ministro y hombre de Estado, murió con las armas en la mano en unas montañas alejadas, sediento, hambriento y enfermo, mas intentando crear «dos, tres... muchos Vietnam», mientras que los jefes del Kremlin, portando sus blandos sombreros, invitaban a los jefes de los Partidos Comunistas a descansar bajo el sol de Crimea.

A pesar de los comunicados triunfantes del ejército de ocupación estadounidense en Vietnam, el Frente Nacional para la Liberación de Vietnam del Sur, que debía haber sido liquidado (si hubiéramos de creerles) varias veces, lanzaba su ofensiva de Têt en el mismo momento que Estados Unidos anunciaban haber arrojado sobre Vietnam más bombas que las lanzadas sobre la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. ¡Y la policía militar imperialista no conseguía defender la Embajada de Estados Unidos en Saigón! ¡Y luego, en París, los estudiantes —una pequeña parte de la población— resistían el poder del Estado gaullista y levantaban barricadas! ¡Y la represión, en lugar de apagar el fuego, encendía las llamas de la solidaridad!

Al romper con la socialdemocracia y con los partidos comunistas pro Moscú, una nueva izquierda marxista, presente sobre todo en el movimiento estudiantil, apareció en el transcurso de los años 60. Esta era reducida y estaba dividida. La idealización de la «revolución cultural» china, apreciada especialmente en su dimensión antiburocrática, condujo a una parte importante de aquellos que cuestionaban al «marxismo de mausoleo» del Kremlin al callejón sin salida del maoísmo. Las organizaciones trotskistas, a pesar de la reunificación de la IV Internacional en 1963, permanecían débiles y divididas. En Francia, por ejemplo, se

podían contar por centenas el conjunto de los militantes de la dividida izquierda revolucionaria –algunos miles si se les adicionaban los del Partido Socialista Unificado (PSU)– contrastando con los cientos de miles de militantes del Partido Comunista y las decenas de miles de la vieja SFIO. Dentro del movimiento sindical los militantes de la extrema izquierda estaban prácticamente ausentes... El papel jugado por estos pequeños grupos en la explosión de Mayo del 68 resulta, entonces, aún más impresionante.

### **Revueltas antiburocráticas**

En los países del «socialismo real» se vivían los últimos sobresaltos de la desestalinización, cambio profundo del modo de dominación burocrático que, desde los tiempos de Stalin, significaba la incertidumbre del futuro de cada miembro de la élite social –susceptibles de perder, de un día a otro, su lugar privilegiado por la decisión tomada en nombre del «padrecito del Pueblo»– y terminar sus días en los campos de trabajo. Entre un cuarto y un tercio de la población soviética sufrió esta forma de trabajo forzado y no retribuido. La rebelión en los campos al anuncio de la muerte de Stalin obligó a la burocracia a tomar el control de este Estado dentro del Estado que comenzaba a constituir el aparato de represión y de gestión de los campos, capaz de aterrorizar a la sociedad de arriba a abajo y de proveerse de fuerza de trabajo a partir de sus necesidades crecientes.

La desestalinización significó el fin de esta forma de terror y un intento de garantizar la dominación de las élites burocráticas de una manera menos bestial. Dicho de otra forma, significaba la estabilización social de una sociedad inestable por definición pues esta no se había fundado sobre nuevas relaciones de producción. Desde 1956, en Polonia y Hungría, el abandono del terror brutal (pero no de la represión) abrió las compuertas de la contradicción principal en este tipo de sociedad: el matrimonio inestable de la propiedad estatal –presentada como colectiva– de los medios de producción y de su gestión privada por una élite ilegítima, incapaz de garantizar la realización de las necesidades sociales porque las desconoce debido a su estatus privilegiado y alejado de las masas.

En Hungría, la represión brutal que siguió a la intervención militar soviética, en noviembre de 1956, aplastó y redujo por mucho tiempo la espontaneidad obrera. En Polonia, la normalización fue más lenta, basada en la división entre los obreros –rápidamente disciplinados y reprimidos– y la *intelligentsia* que se benefició, algún tiempo, de espacios de libertad intelectual. En marzo de 1968 esta normalización llegaba a su término y es contra la liquidación de los últimos espacios de libertad que el movimiento estudiantil se sublevó. Aislado de los trabajadores, este fue brutalmente doblegado.

En Yugoslavia, donde desde la ruptura con la Unión Soviética se había seguido un camino no estalinista y donde la clase obrera gozaba de una autonomía limitada en el espacio de la empresa a través de la autogestión, el régimen también decidió poner pausa a la ampliación de esta autonomía cuando los estudiantes de Belgrado exigieron, en junio de 1968, libertades políticas que amenazaban la posición de la burocracia dominante.

En China, donde la fracción de Mao había jugado con fuego antes del conflicto interburocrático que siguió a la ruptura con Moscú, dejando a la juventud estudiantil arreglar sus cuentas con los privilegiados en la primera fase de la Revolución Cultural –lo que se hizo con frecuencia con una brutalidad increíble que se manifestaba en linchamientos públicos de dirigentes locales forzados a la autocrítica antes de ser liquidados– el ejército puso coto a la autonomía de los Guardias Rojos.

En Checoslovaquia, donde la dirección del Partido Comunista frenó la liberalización y la desestalinización ante el impacto de 1956 en Polonia y Hungría, el cerrojo acababa de caer. La Primavera de Praga comenzó recuperándose la esperanza en un «socialismo con rostro humano» y acusando nuevamente, a la luz pública, a la contrarrevolución estalinista. La intervención militar de los países del Pacto de Varsovia el 21 de agosto de 1968, a la que acompañará la dirección Dubcek del Partido Comunista para garantizar la «normalización», pondrá fin a esta esperanza.

### **La cortina de plomo de las estructuras**

Si entre mayo y junio de 1968 las estructuras profundamente conservadoras del viejo movimiento obrero no lograron impedir la generaliza-

ción de las huelgas, sí fueron lo suficientemente poderosas para negociar a espaldas de la huelga general más larga de la historia de Francia, para reducir las ocupaciones de fábricas y para bloquear la autorganización de los trabajadores. La huelga general no tuvo su propia dirección, que fue elegida en las asambleas generales, y se organizó a través de las coordinaciones locales, regionales y nacional. Así, en la altamente industrializada región de Nord-Pas de Calais, «il n'y eut de comités de grève élus que dans 14 % des cas, des comités de grève comprenant des non-syndiqués que dans 23 % des cas, des comités de grève révocables en assemblée générale que dans... 2 % des cas».<sup>3</sup> El «caudillismo», la orientación de tareas a los «especialistas» (sindicalizados fijos y dirigentes políticos) y la confianza en ellos aún dominaba.

La experiencia de la huelga de mayo-junio y su resultado —cuyos logros quedaron por debajo de los obtenidos en 1936 y de cuando la Liberación, a pesar de haber sido esta huelga más larga y masiva— abrieron las primeras brechas, en particular entre los jóvenes trabajadores, a la hegemonía del partido comunista y del sindicalismo bajo su control.

En el transcurso de los años 70, los grupos revolucionarios fortalecidos a fines de 1968 reforzaron su presencia en los sindicatos impulsándolos a la lucha —de la misma manera que la sección francesa de la IV Internacional vio sus fuerzas recortadas desde 1969—, favoreciendo las experiencias de autorganización y de unidad sindical y cuestionando la tradicional división de tareas donde solo los fijos estabas activos y podían negociar. Por el contrario, en el seno de la juventud —en Francia al menos— la vieja izquierda perdía su hegemonía. El Partido Comunista Francés sería, en lo sucesivo, incapaz de liderar las movilizaciones de la juventud —en 1973, tras el gran movimiento contra la Ley Debré, fue un militante de la sección francesa de la IV Internacional el portavoz del movimiento.

Pero el peso de las estructuras tradicionales aún era importante. En Francia, el Partido Comunista Francés junto al nuevo Partido Socialista lograron salir fortalecidos de 1968 al reclutar también ellos a numerosos jóvenes. No fue sino bajo la presión de la ofensiva neoliberal y al

<sup>3</sup> Los comités de huelga elegidos representan solo el 14 %, los comités de huelga que incluyen a trabajadores no sindicalizados el 23 %, los comités de huelga revocables en asamblea general... el 2 % [*n. de la T.*], Jacques Kergoat: «Sous la plume, la grève», en A. Arrous, D. Epsztajn, P. Silberstein (dirs.): *La France des années 1968*, Sylepse, Paris, 2008, p. 71.

capitular ante esta que los aparatos del viejo movimiento obrero se debilitaron y reconvirtieron al social-liberalismo. Es más, los partidos salidos del estalinismo asistieron pasivamente a la implosión del «socialismo real» y a la restauración del capitalismo en los países de avanzada de aquel. Allí donde estos decidieron actuar, como en Italia por ejemplo, lo hicieron en busca de la preservación de sus estructuras al integrarse a las instituciones estatales burguesas y soltaron así su lastre ideológico —al estilo del Partido Comunista italiano— o se acurrucaron sobre sí mismos y sobre una ideología que roza la adhesión religiosa (como los casos del Partido Comunista portugués o del KKE griego).

### **Reconstruir un auténtico movimiento obrero**

A 40 años de 1968, el movimiento obrero está profundamente debilitado. Sus estructuras burocráticas, comprometidas sobre todo con la autopreservación, han dejado acumular sus derrotas cuando no las han organizado ellos mismos —desde este punto de vista la destrucción de los bastiones de la siderurgia en Europa, y en Francia particularmente, incluso bajo un gobierno con la participación de socialistas y comunistas, fue un ejemplo perfecto—. La construcción paciente —con una gran inversión de militantes de la extrema izquierda— de nuevos sindicatos en Europa del Sur y del Este aún no ha permitido compensar este debilitamiento. La izquierda política, en el Este en particular, está vacía. En Europa occidental también se observa un espacio abierto que se reafirma en pequeños éxitos electorales de la izquierda no institucionalizada.

Pero 40 años después de 1968, aquello que estaba en el centro de las aspiraciones de los trabajadores —el rechazo al autoritarismo y las exigencias de democracia, la necesidad de igualdad y de condiciones que permitiesen la autorrealización, el rechazo al capitalismo y a sus guerras—, mantiene su actualidad. El mundo de 2008 es más brutal, más desigual, más hambriento y a la vez más rico que el mundo de 1968. Aquel que condujo a la huelga general en Francia de mayo-junio de 1968 aún está presente. Esa chispa todavía puede prenderle fuego a la sabana.

Lo que cambia es la capacidad de control de las estructuras: la relación de fuerzas, no con el capital que domina y refuerza su dominación autoritaria, en particular al construir instituciones absolutistas paraestatales de la Unión Europea, sino en el seno del transformado movimiento

obrero. La cortina de plomo estalinista ya no existe, el control hegemónico de la socialdemocracia tampoco. Las direcciones sindicales potencialmente alternativas han hecho su aparición. Nuevos partidos de izquierda comienzan a aparecer a la izquierda de la socialdemocracia. El control imperialista del mundo se agrieta nuevamente, sobre todo en América Latina donde una nueva izquierda nacionalista radical gobierna en Venezuela, Bolivia, Ecuador. Ciertamente que las fuerzas de los revolucionarios permanecen débiles, incluyendo a América Latina. Los movimientos anticapitalistas buscan una estrategia, oscilan y pueden derrumbarse. La ilusión de que sería posible cambiar el mundo empleando para este fin las instituciones estatales burguesas es aún ampliamente dominante.

Es en este marco que surge la idea de un nuevo partido anticapitalista. Un «nuevo partido», es decir un partido que no tenga nada en común con aquellos que actualmente llevan el nombre de «partido» («el Partido»), así decían los estalinistas al hablar del Partido Comunista Francés): una organización democrática, insumisa a los burócratas, que no tenga más interés a defender que aquel de los explotados —el proletariado, los asalariados, la clase obrera, quienes constituyen hoy la inmensa mayoría de la población mundial— y capaz de indicar los mejores medios para forjar sus luchas y sus victorias, aquello que los antiguos «partidos» no hicieron. Un partido «anticapitalista», que proclame alto y fuerte que rechazará siempre el sistema donde el capital domine, que luche por otra sociedad, igualitaria y democrática, fundada sobre una responsabilidad colectiva de su gestión.

La construcción de un partido así está a la orden del día, y no solamente en Francia. Sin dudas habrá diferentes maneras de construirlo —a partir de diversas historias nacionales, de diferentes relaciones de fuerzas en cada país—. En Polonia, por ejemplo, la iniciativa de construir el Partido Polaco del Trabajo (PPP) fue asumida por un sindicato alternativo y combativo. En Alemania, la debilidad de las fuerzas revolucionarias dejó la iniciativa de la ocupación de este vacío político a fuerzas reformistas de izquierda. Es probable —incluso si esto no resulta deseable— que ciertas tentativas no sean exitosas, al menos no de manera inmediata, y que en ciertos países las nuevas formaciones, tales como el ex PSU en Francia, no sean más que transitorias.

Pero el espacio existe para la construcción de nuevos partidos anticapitalistas, y esta es la principal diferencia con 1968.